

EL ESPEJO DE TINTA •

EMILIO ALONSO FELIZ

(Valencia, 1965)

Licenciado en Derecho



Lleva más de 20 años en puestos directivos en empresas de consultoría y tecnologías de la información y es escritor vocacional. Ha recibido numerosos galardones en diversos certámenes de relatos tanto en España como Argentina. Uno de los primeros galardones que obtuvo fue el XV Concurso Teruel de relatos en el año 2003 por 'El Cantor'.

San Habilidadado (IV)



JUAN JOAQUÍN MARQUÉS (Teruel, 1950) Maestro de Primaria jubilado, aficionado al mundo de la imagen desde muy joven. Es miembro de la Sociedad Fotográfica Turolese desde 2009 y ha recibido varios premios en concursos locales, comarcales y provinciales de fotografía.

A cualquiera le gustaría terminar esta leyenda contando que el pueblo, deudor del heroico Habilidadado que sacrificó su vida por honradez, había obtenido justicia de alguna forma, o había proporcionado reparación a semejante crimen, y que don Pablo y sus sicarios hallaron castigo a la medida de sus culpas. Pero esta verídica historia se produjo en Valle Pequeño, lugar que, como los otros, se ubica en este otro valle mayor, que es un valle de lágrimas, y donde más que el bien y el respeto pueden la fuerza y la maldad. A don Juan Camilo lo enterraron y fueron bien pocos los que acompañaron a la pobre madre, que miraba la caja donde su hijo volvía a la tierra poniendo cara de no entender, en los funerales, que resultaron así muy tristes y deslucidos, y los que antaño se habían beneficiado de los buenos oficios del finado no querían ahora que los sicarios de don Pablo les sacasen relación con él, así que ni acompañarlo osaron en su último viaje. Por lo que se refiere a los asesinos de don Juan Camilo, a don Pablo mismo, que los mandaba, no hubo justicia que los castigase, porque los hombres como don Pablo hacen su propia justicia y dictan sus propios indultos y sentencias, y siguieron señoreando impunemente en Valle Pequeño, con renovada autoridad después de aquel día. Ni si-

quiera el Alcalde dijo esta boca es mía, a pesar de los muchos servicios que había recibido del Habilidadado, y se dio prisa por nombrar a otro que, más acomodaticio, se ocupó de resolver las demandas de don Pablo inmediatamente antes de dedicarse a jugar al ajedrez hasta el fin de sus días, mientras el resto de habitantes de Valle Pequeño se resignaban poco a poco a dar curso a sus asuntos como antes, por medio de infructuosas peregrinaciones de ventanilla en ventanilla, y a ir dejando que sus gestiones y trámites se alargaran sin resolverse hasta morir de puro aburrimiento.

En un cerro cercano, sin embargo, apareció un día, algunos meses después de la muerte de don Juan Camilo, una casilla fabricada con unos cuantos maderos mal ensamblados en cuyo interior se veía, en un marquito de peltre, un retrato diminuto del finado obtenido no se sabía dónde; y una temblorosa candelita de aceite que manos invisibles mantenían encendida, a la manera tosca de un altarcillo donde aparecían de vez en cuando gavillas de flores atadas con cintas bermejas y arepas de choclo que los insectos invadían. Poco a poco, mitigado o vencido acaso el miedo, los que se le habían encomendado en vida fueron encomendándosele también ya muerto y acudían a formar cola ante el

altar rudimentario, y si no sus gestiones y trámites municipales, le presentaban ahora las candelosas demandas de su espíritu. Ya no acudían con sus pólizas y certificados ni le daban a resolver un asunto de deslinde de tierras o un permiso de cercado de corrales, sino que le rogaban por la salud de un hijo con tos, o le preguntaban, con el sombrero apretado en los puños como cuando acudían ante su mesa de la Alcaldía, si podía interceder para que las lluvias tempranas no echasen a perder toda la cosecha de hoja, o simplemente se llegaban a contarle las alegrías y las penas y a pedirle consejo, porque decían que el Habilidadado, desde su mesa allá en el Reino de los Cielos, todavía se preocupaba por ellos y podía ayudarlos, y esa ingenua fe les confortaba el alma.

Cada día, los habitantes de Valle Pequeño, primero los campesinos y los pobres, y después incluso los floristas, los escribanos, los funcionarios, los traficantes mismos y todo el mundo, formaban largas colas ante el cobertizo que, después de sucesivas reparaciones y añadidos levantados por mano de los vecinos, iba tomando la apariencia de una capillita blanca con su tejadillo de tejas rojas y sus ventanas con cristales de colores, para rezar un momento delante de la imagen, que veneraban como la de un santo, y para pedirle una

mano con que enderezar las cosas que se les torcían. Los hombres de don Pablo, avisados de ese culto cada vez menos secreto, habían dado con la iglesuela por tierra un par de veces, porque no podían tolerar que nadie pusiera en solfa la autoridad de don Pablo aunque solo fuera con peregrinaciones y con rezos, pero al día siguiente, con tenacidad de hormigas, los fieles levantaban de nuevo el templo, más firme y más hermoso que antes y, nadie sabe cómo, hasta se las ingeniaron para sacar del palacio municipal, en secreto, la antigua mesa del Habilidadado, que depositaron con reverencia en el pequeño templo para hacerla servir de humilde altar. Pasado un tiempo, hasta los hombres de don Pablo acabaron por dejar en paz a la capilla y a quienes a ella acudían para que nadie creyese que concedían demasiada importancia a una superstición absurda como aquella, inofensiva locura de campesinos ignorantes.

Con el correr de los años, la fama de don Juan Camilo, a quien ya se conocía en todo el Departamento de Valle y más allá como San Habilidadado, no dejaba de crecer y crecer, y alcanzaba incluso a la capital departamental, desde donde llegaban peregrinaciones cada vez más nutridas, atraídas por el aura de beatitud que rodeaba el minúsculo santuario y el venerado retrato en su

marquito reluciente, a quien se atribuían en secreto insólitos prodigios y hechos milagrosos. Como en los mejores tiempos del Concejo, largas romerías se formaban ante la mesa de don Juan Camilo, que culebreaban desde la capilla por toda la colina abajo hasta los confines del valle, y a lo largo de las cuales voceaban sus productos los aguadores y los vendedores de tortas de maíz, los que alquilaban sillas y sombrillas y los cambalacheros de turnos. Y en lugar de sus carpetitas azules ceñidas con gomas elásticas, los campesinos y floristas y mendigos y ociosos y funcionarios y traficantes y jugadores de bocha y escribanos y pastores y tenderos que aguardaban a pie firme horas y horas, llevaban en el alma el ruego ferviente de curar a un hijo que tosía, o de aplacar la ira de las lluvias que destruyen las cosechas, o el mero y humilde deseo, vago y quién sabe si imposible, de conjurar los diablos de la mala suerte y tener en lo sucesivo una vida mejor.

El espejo de tinta

El fragmento que hoy se publica forma parte del relato ganador del certamen literario Miguel Artigas, de Monreal del Campo, en el año 2016. La imagen que lo ilustra pertenece a un miembro de la Sociedad Fotográfica Turolese.